

CAPÍTULO IX

Explicación.

El peligro que arrostraba Remigio era real y verdadero, porque el viajero de la noche, después de haber dejado el pueblo y corrido la distancia de un cuarto de legua, no viendo objeto alguno en el camino, comprendió que aquellos á quienes seguía se habían detenido.

No quiso volverse atrás, sin duda por no hacer tan manifiesta la persecución que había emprendido, pero se echó en un campo de trébol haciendo bajar al caballo á un foso profundo de los que sirven en Flandes para acotar las heredades.

De esta operación resultaba que el joven se hallaba colocado de manera que podía verlo todo sin ser visto.

Dicho joven, á quien el lector ha conocido ya, como le conoció Remigio y llegó á sospecharlo su señora, no era otro que Enrique Du-Bouchage, á quien una extraña fatalidad arrojaba otra vez al paso de la mujer que había jurado no ver jamás.

Después de su conversación con Remigio en el portal de la casa misteriosa, esto es, después de la pérdida de sus esperanzas, Enrique volvió al palacio de Joyeuse, decidido, según había asegurado, á perder una vida que tantas miserias le ofrecía desde el principio de su carrera; pero como caballero, como buen hijo, pues, debía conservar puro el nombre de su padre, se había decidido á aceptar el glorioso suicidio del campo de batalla, y como á la sazón había guerra en Flandes, su hermano el duque de Joyeuse, que mandaba la escuadra francesa, podía proporcionarle la ocasión de hallar una muerte tan honrosa como envidiable. Enrique no vaciló un momento, y salió del palacio al anochecer del siguiente día, esto es, veinte horas después de la partida de Remigio y su señora.

Cartas llegadas de Flandes anunciaban que se disponía un ataque decisivo contra la plaza de Amberes, y Enrique se lisonjeó con la idea de llegar á tiempo. Complaciase en pensar que á lo menos moriría con las armas en la mano, en los brazos de su hermano y bajo la bandera francesa, que se hablaría de su muerte, y que esta noticia llegaría á penetrar las tinieblas en que se ocultaba la dama de la casa misteriosa.

¡Noble desvarío! ¡Glorioso y melancólico sueño! Enrique se alimentó cuatro días con este nuevo do-

lor, y sobre todo, con la esperanza de que sus tormentos iban á cesar para siempre.

En el momento en que, entregado á estos tétricos pensamientos de muerte, observó la aguda flecha del campanario de Valenciennes, en donde acababan de dar las ocho de la noche, y apercibiéndose entonces de que iban á cerrarse sus puertas, metió espuelas al caballo, y al atravesar á escape el puente levadizo, faltó poco para que atropellase á un hombre que estaba apretando la cincha del suyo.

Enrique no era uno de esos nobles insolentes que pisotean todo lo que no corresponde á su orgullo. Así que, manifestó su sentimiento á aquel hombre, quien al escuchar el sonido de su voz le miró atentamente, volviendo después con rapidez la cara hacia otro lado.

Enrique, que no pudo detenerse por la velocidad con que galopaba su caballo, se estremeció, como si por delante de sus ojos hubiese cruzado una visión.

— ¡Oh! exclamó, estoy loco, ¡Remigio en Valenciennes! ¡Remigio, á quien dejé hace cuatro días en la calle de Bussy! ¡Remigio lejos de su señora, supuesto que al parecer sólo le acompaña un joven! ¡Ah! ¡El dolor perturba sin duda mi razón y altera mi vista hasta el extremo de revestir todo cuanto me rodea con las formas de mis eternos delirios!

Hablando así prosiguió su camino y entró en la villa sin que la sospecha que le había acometido hubiese echado raíces por un momento en su imaginación.

Detúvose ante la primera cuadra que encontró abierta, dió las riendas del caballo á un mozo de la

misma, y se sentó en un banco delante de la puerta mientras en la posada le preparaban cena y cama.

Pero cuando más absorto estaba en sus tristes pensamientos, vió adelantarse á los dos viajeros, que caminaban unidos, y observó que aquel en quien había creído reconocer á Remigio volvía con frecuencia la cabeza.

El otro tenía el rostro oculto bajo la sombra de un sombrero de anchas alas.

Al pasar Remigio por delante de la posada vió á Enrique sentado en el banco y volvió otra vez la cabeza para no ser conocido, pero esta precaución contribuyó precisamente á producir un efecto contrario del que esperaba.

— ¡Oh! lo que es ahora no me equivoco, dijo Enrique; estoy muy sereno, veo bien, y tengo frescas las ideas, porque después que se evapora el sueño de mis ilusiones, sé poseerme lo suficiente para juzgar bien de cuanto á mi vista se ofrece. El mismo fenómeno acaba de reproducirse, y no hay duda, uno de esos dos viajeros es Remigio, el criado de la casa misteriosa del barrio de Bussy. — No, añadió, no puedo permanecer en tan terrible incertidumbre, y por lo mismo es indispensable que aclare mis dudas.

Y una vez tomada esta resolución, se levantó dirigiéndose al camino real para seguir las huellas de los dos viajeros; pero bien fuese que éstos hubiesen entrado en alguna casa ó que hubiesen tomado otro camino, Enrique no pudo alcanzarles.

Corrió hasta las puertas y las encontró cerradas; por consiguiente los viajeros no habían podido salir de la población.

Enrique entró en todas las posadas, preguntó en todas partes, investigó, y al fin logró enterarse de que dos caballeros se habían dirigido á un mesón de humilde apariencia establecido en la calle de Beffroi.

El posadero iba á cerrar la puerta de su hostería cuando se presentó en ella Du-Bouchage.

Y en tanto que el bueno del hombre, pagado de la encantadora presencia del viajero, le ofrecía su casa y servicios, Enrique dirigía sus miradas al interior de una salita baja, y pudo al fin divisar en la escalera á Remigio, que subía al cuarto principal con el auxilio de una luz que llevaba la criada de la posada.

No pudo, sin embargo, ver á su compañero, que sin duda por haber pasado antes había ya desaparecido.

Remigio se detuvo en lo alto de la escalera; al reconocerle positivamente el conde dejó escapar una exclamación, y el criado volvió á ocultar su rostro como antes lo había ejecutado.

Enrique no pudo dudar de la identidad de la persona, al ver la cicatriz de su rostro, sus inquietas miradas, y con todo, demasiado conmovido para tomar una determinación precipitada, se alejó de allí, preguntándose con angustia, por qué había abandonado Remigio á su señora y por qué lo encontraba solo en su mismo camino.

Decimos solo, porque Enrique no había fijado la atención en el otro jinete.

Su pensamiento rodaba de abismo en abismo.

Al otro día, y á la hora de abrirse las puertas, cuando creía encontrarse frente á frente con los via-

jeros, quedó altamente sorprendido, pues supo que los dos desconocidos habían obtenido permiso del gobernador para salir de noche de la población, y que, contra lo mandado, se habían abierto las puertas para ellos.

De modo que como se habían puesto en camino á la una de la mañana, llevaban á Enrique seis horas de delantera.

Érale preciso ganar aquellas seis horas perdidas. Enrique puso su caballo al galope, y en Mons pasó á los que de él huían.

Volvió á ver á Remigio; pero aquella vez necesitaba Remigio ser brujo para conocerle, porque Enrique iba transformado en soldado de caballería y se había hecho con otro caballo.

Sin embargo, la vista perspicaz de Remigio medio desconcertó esta combinación, y á todo evento, advertido su compañero por una sola palabra, tuvo tiempo para volver el rostro de modo que su perseguidor no pudo examinarlo.

El joven no se desanimó por este contratiempo; tomó informes en la primera hostería que dió asilo á los viajeros, y como acompañaba sus preguntas con un auxiliar irresistible, supo al fin que el compañero de Remigio era un joven muy bello, pero al mismo tiempo muy triste, muy sobrio, muy resignado y que hablaba muy poco.

Enrique se estremeció, porque una idea pasó por su mente.

— ¿Será por ventura una mujer? preguntó al posadero.

— No será extraño, respondió el huésped, porque

en el día van nuestras mujeres disfrazadas de ese modo á unirse con sus amantes en el ejército de Flandes, y como nuestra profesión nos prohíbe á los posaderos ver nada, nada vemos.

Esta explicación desgarró el corazón de Enrique. ¿No era en efecto probable que Remigio acompañase á su ama disfrazada de hombre? Y si esto era así, nada satisfactorio columbraba Enrique en aquella extraña aventura.

Sin duda, como decía el posadero, aquella dama desconocida iba á Flandes en busca de su amante.

Por tanto Remigio no decía verdad cuando hablaba de los eternos pesares de su señora, y sólo para alejar á un perseguidor importuno, había inventado aquella fábula de un amor pasado que había llenado para siempre de luto á una mujer insensible.

— Pues bien, se decía Enrique, más atormentado todavía con esta esperanza que lo había estado con su desesperación, tanto mejor; ya llegará el momento en que pueda yo acercarme á esa mujer, y echarle en cara todos los subterfugios que la precipitan desde la altura en que mi mente y mi corazón la habían colocado para ponerla al nivel de las vulgaridades ordinarias, y entonces, yo mismo, que me había formado una idea falsa creyendo haber encontrado una criatura divina, al ver cerca de mí esa brillante corteza de un alma vulgar, caeré también desde la altura de mi amor, desvanecidas completamente mis ilusiones.

Y el joven se arrancaba los cabellos y se desgarraba el pecho al considerar que podría llegar un momento en que perdería ese amor y esas ilusiones que le

atormentaban: tan cierto es que vale más tener el corazón muerto que vacío.

Estos pensamientos le acosaban, habiéndose adelantado á los viajeros, como hemos dicho, y procurando adivinar el motivo que había podido arrojar al mismo tiempo que á él á aquellos dos personajes indispensables á su existencia cuando los vió entrar en Bruselas.

Ya sabemos cómo continuó siguiendo sus pasos.

En Bruselas fué donde Enrique se informó con todo cuidado respecto á la proyectada campaña del duque de Anjou.

Los flamencos eran demasiado hostiles al duque para acoger con benevolencia á un francés de distinción; estaban además demasiado orgullosos con el éxito que la causa nacional acababa de obtener, pues para ellos era ya mucho el ver que Amberes cerraba las puertas al príncipe que los flamencos habían elegido para que fuese su rey; estaban demasiado orgullosos, repetimos, de este éxito para privarse del placer de mortificar á aquel caballero que llegaba de Francia y que les hacía preguntas con el acento más puro de París, acento que en todas épocas ha parecido sumamente ridículo al pueblo belga.

Enrique concibió desde entonces serios temores acerca de la expedición en que su hermano había tomado una parte tan principal, y por lo mismo se decidió á precipitar su marcha hacia Amberes.

Pero causábale indecible sorpresa el ver á Remigio y á su compañero, á pesar del empeño que manifestaban de no ser conocidos, seguir obstinadamente

el mismo camino que llevaba, lo cual le hacía creer que eran guiados por el mismo motivo.

Oculto Enrique en el campo de trébol, donde le hemos dejado, estaba al menos seguro de ver á su sabor el rostro del joven que acompañaba á Remigio, medio infalible de salir de sus incertidumbres y de poner término á sus dudas.

Y entonces era precisamente cuando, como hemos dicho, se golpeaba el pecho por el miedo que tenía de verse precisado á renunciar á las quimeras que le devoraban, pero que le hacían vivir entre tormentos que al fin acabarían con él.

Cuando los dos viajeros pasaron por delante del joven, á quien estaban muy lejos de suponer oculto en aquel paraje, la dama se ocupaba en alisar sus cabellos, tarea que no se había atrevido á emprender en la hostería.

Enrique la vió, la reconoció, y poco faltó para que cayese desvanecido en el foso, donde el caballo pacía tranquilamente.

Pasaron los viajeros. ¡Oh! Entonces la cólera se apoderó de aquel Enrique tan sosegado, tan sufrido mientras creyó distinguir en los moradores de la casa misteriosa aquella lealtad y nobleza de que él mismo daba ejemplo.

Pero después de las protestas de Remigio y de los hipócritas consuelos de la dama, aquel viaje, ó mejor dicho, aquella fuga repentina, constituía una especie de traición para con el hombre que con tanta constancia como respeto había sitiado su puerta.

Amortiguado ya algún tanto el golpe que acababa de recibir Enrique, sacudió éste sus hermosos y ru-

bios cabellos, enjugó su frente cubierta de sudor, y volvió á montar á caballo firmemente resuelto á abandonar del todo las precauciones que un resto de respeto le había aconsejado tomar, por lo cual comenzó á seguir á los viajeros ostensiblemente y á rostro descubierto.

Se quitó, pues, la capa y la capucha que le disfranzaban, y emprendió su marcha sin vacilar; díjose á sí mismo que aquel camino era tan suyo como de los demás, y por consiguiente echó á andar por él tranquilamente arreglando el paso de su caballo al que llevaban los dos que le precedían.

Había decidido igualmente no hablar á Remigio ni á la dama, y si solamente darse á conocer á ellos en la primera ocasión que se presentara.

— ¡Oh! exclamaba; si en efecto abrigan algún sentimiento sus corazones, por pequeño que sea, mi presencia entre ellos, aunque casual, ha de ser precisamente una terrible acusación para esa gente sin fé que sabe desgarrar á su placer un corazón como el mío.

No bien había caminado cien pasos detrás de los dos viajeros, cuando le divisó Remigio, y no pudo menos de temblar al verle avanzar tan resuelto, con tanta arrogancia y sin el menor disimulo.

La dama observó la turbación de Remigio y volvió la cabeza.

— ¡Ah! preguntó en seguida. ¿No es el joven que iba á la calle de Bussy?

Remigio procuró disuadirle de esta idea y tranquilizarla respondiendo al efecto:

— No lo creo, señora, y á juzgar por su traje me

parece un soldado walón que se dirige á Amsterdam y pasa por el teatro de la guerra en busca de alguna aventura.

— No importa, estoy muy inquieta, Remigio.

— Tranquilizaos, señora, pues si ese joven fuese el conde de Bouchage, ya se nos hubiera reunido, pues no ignoráis que era perseverante.

— También sé que es muy respetuoso, Remigio, pues de lo contrario me hubiera contentado con decirnos que le alejaseis de mí, y no hubiera vuelto á acordarme de él.

— Pues bien, señora, me parece que si era respetuoso en la capital, también lo será ahora, y que nada debéis temer, dado caso que sea él, en el camino de Bruselas á Amberes, como nada temáis en París en la calle de Bussy.

— No importa, replicó la dama volviendo otra vez la cabeza, ya llegamos á Malinas : apresurémonos á mudar caballos si es preciso para andar más, y apresurémonos á llegar cuanto antes á Amberes.

— Por el contrario, señora, me atrevo á aconsejaros que no entremos en Malinas : nuestros caballos son de buena raza y en breve pueden conducirnos á aquel pueblo que se vé allá abajo sobre la izquierda, y que si no me equivoco se llama Villebrok : de este modo evitaremos las posadas de la ciudad, las preguntas y los curiosos, pudiendo al mismo tiempo cambiar de trajes y de caballos con más libertad, si es que necesitamos hacerlo.

— Bien, Remigio, dirijámonos á ese pueblo.

Tomaron efectivamente el camino de la izquierda

por un sendero apenas trillado, pero que conducía rectamente á Villebrok. Enrique dejó también el camino en el mismo sitio que ellos, tomó el mismo sendero y los siguió guardando siempre su distancia.

La inquietud de Remigio se manifestaba en sus oblicuas miradas, en su aire agitado, y sobre todo, en el movimiento que habitualmente había adquirido de mirar atrás con gesto amenazador y de espolear al mismo tiempo á su caballo.

Esos diferentes síntomas, como conocerá el lector, no se ocultaban á su compañera de viaje.

Llegaron á Villebrok, pero ninguna de las doscientas casas de que se componía este pueblo estaba habitada : algunos perros olvidados, algunos gatos perdidos corrían á la ventura en aquella soledad, llamando unos á sus amos con prolongados aullidos y huyendo otros al más pequeño ruido, y deteniéndose al considerarse seguros para sacar sus hocicos al través de una puerta ó por el respiradero de una bodega.

Remigio llamó á veinte casas, pero no vió persona alguna y nadie le oyó.

Enrique, que parecía la sombra de los dos viajeros, se detuvo por su parte delante de la primera casa del pueblo y llamó á la puerta tan inútilmente como los que le precedían, por lo que, conociendo que la guerra debía ser la causa de aquella deserción general, aguardó para ponerse de nuevo en marcha á que los viajeros tomasen un partido.

Esto es lo que ellos hicieron después que Remigio

repartió entre los caballos algún grano que encontró casualmente en el area de una hospedería abandonada.

— Señora, dijo entonces Remigio, no nos hallamos ya en un país tranquilo ni en una situación ordinaria, por lo mismo no conviene que nos exponamos como si fuésemos niños. Sin duda alguna vamos á encontrar partidas de franceses ó de flamencos, sin contar los partidarios españoles, porque en la situación extraña en que Flandes se halla, deben pulular aquí los aventureros de todas las naciones. Si fueseis un hombre os dirigiría otro lenguaje, pero sois mujer, sois joven, sois bella y arrostráis dos peligros, el de vuestra vida y el de vuestro honor.

— ¡Oh! ¡Mi vida! ¡mi vida!... Nada vale, dijo la dama.

— Vale mucho, señora, respondió Remigio, cuando tiene un objeto.

— Pues bien. ¿Qué me proponéis? Pensad y obrad por mí, Remigio, pues bien sabéis que mis ideas no pertenecen á este mundo.

— Permanezcamos aquí, señora, si queréis creerme. pues veo muchas casas que pueden ofrecernos seguro abrigo; tengo armas y nos defenderemos ú ocultaremos, según me parezca que somos fuertes ó débiles.

— No, Remigio, no; debo seguir adelante, y uada me detendrá, repuso la dama meneando la cabeza; si fuese capaz de concebir temores, sólo por vos temblaría.

— Marchemos, pues, dijo Remigio.

Y metió espuelas á su caballo sin añadir una palabra más.

La dama desconocida le siguió, y Enrique Du Bouchage, que se había detenido al mismo tiempo, se puso en camino.